

ROSALÍA. Debieras comprenderlo sin decirte-lo yo. Á ti te consta que en mi casa soy poco menos que indispensable. No sólo le ayudo á mi padre en sus trabajos, que cada día lo rinden más y lo fatigan, sino que cuido de mis hermanas; que cuido de ellas en todos sentidos; tú lo sabes.

ALFREDO. ¡Ah, pues que...!

ROSALÍA. ¿Qué?

ALFREDO. Nada; iba á decir una tontería.

ROSALÍA. Mejor es que te la hayas callado.

ALFREDO. ¡No extrañes que desafíe, Rosalía, porque todo lo podía yo esperar menos esa pitada! ¿Tú has meditado bien lo que es en Madrid casar á cuatro niñas?

ROSALÍA. Nos iremos á Filipinas, si te parece.

ALFREDO. ¿Tú no consideras todo lo que hay que esperar para eso?

ROSALÍA. Pues esperamos.

ALFREDO. ¡Eso es: esperamos! ¿Y si no se casan?

ROSALÍA. Si se casan.

ALFREDO. ¿Y si no se casan?

ROSALÍA. Si no se casaran, ya veríamos. Por ahora hay que esperar.

ALFREDO. ¡Ah, no, no! ¡Esto no puede tolerarse, Rosalía! Yo hablaré con tu padre...

ROSALÍA. Habla con quien quieras. ¡Bonito modo de alborotarse tiene el niño! ¡Vaya un cariño el tuyo! Al fin y al cabo, hombre. Tan egoísta como todos. En cuanto se os contraría en lo más mínimo, os ponéis por las nubes.

ALFREDO. ¿Cómo en lo más mínimo? ¿Pero á

qué le llamas tú lo más mínimo? ¡Á un hombre que está rabiando por casarse, le pides que se siente á la puerta, á ver si pasan novios para tus hermanas! ¡Rosalía, esto tiene todo el carácter de una burla!

ROSALÍA. Pues no lo es. Y á mí no me chilles: que lo que me sobran á mí son despachaderas para darte á ti pasaporte. Pero volando, ¿eh?

ALFREDO. ¡Rosalía!...

ROSALÍA. Nada, nada: aunque se te salgan los ojos del cráneo, no me caso mientras no se casen mis hermanas. Y si me apuras mucho, hasta que enviude una de ellas.

ALFREDO. Va á contestarle destempladamente y se reprime. Me voy: me voy... por no tener un disgusto serio.

ROSALÍA. Lo tendrías tú: que yo me quedo tan fresca.

ALFREDO. Cortando por lo sano. Hasta luego... si voy á tu casa.

ROSALÍA. Allá tú.

ALFREDO. Ah, ¿allá tú?

ROSALÍA. ¡Claro!

ALFREDO. ¡Vaya! ¡Te has propuesto darme la mañanita!

Echa á andar hacia el foro, á tiempo que por la izquierda vuelve Don SEGISMUNDO y se encara con él.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué es eso? ¿Adónde vas así? ¿Qué pasa?

ALFREDO. Alteradísimo. ¡Pasa... pasa... pasa que esto no puede ser!

DON SEGISMUNDO. Con gran complacencia. No puede ser.

ALFREDO. ¡Lo defienda quien lo defienda, no puede ser!

DON SEGISMUNDO. No puede ser.

ALFREDO. ¿Pero usted sabe de lo que se trata, señor?

DON SEGISMUNDO. No; pero cuando tú, que eres tan sentadito, me dices que no puede ser...

ALFREDO. ¡Bah! ¡bah! ¡Á la noche hablaremos! ¡Abur! Se va por la derecha como alma que lleva el diablo.

Rosalía lo ve irse sonriendo. Caín en actitud seráfica.

DON SEGISMUNDO. ¿Le doraste la píldora?

ROSALÍA. Se la ha tragado sin dorar. Yo sé cómo hago las cosas con éste. Me quiere mucho.

DON SEGISMUNDO. ¡Cuánto te agradezco, hija mía, el sacrificio á que te prestas en bien de tus hermanas!...

ROSALÍA. ¿Sacrificio? Ninguno. Pero si lo fuera también lo haría. Alfredo volverá á pedirme perdón antes de diez minutos. Nuestro reinado es éste: de novias. ¿Y qué me importa á mí seguir de reina algún tiempo más? Hasta que tú quieras, papáito.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Corre tu sangre por mis venas... ¡Al revés!

ROSALÍA. Bueno: y ya que lo he hecho, ¿me quieres descubrir la idea que te llevas?

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! Curiosilla... Si te la descubriera, sabrías tú tanto como yo. Y tú tienes los cabellos negros y los míos principian á blanquear... Sobre que tal vez no me comprendieses... Ya saldrá, ya saldrá... Lo que me encanta es esta sumisión, esta unión de todos nosotros ante la

perspectiva del bien de alguno... No cabe duda, somos una familia ejemplar. Volviéndose hacia la izquierda. ¡Y mira quién llega con las chicas!

Sale el Tío CAYETANO pavoneándose. De un brazo trae á MARUCHA y del otro á Firí. El LAGAYO lo sigue impasible, como siempre.

ROSALÍA. ¡Ah! ¡Tío Cayetano! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo usted por estas soledades?

TÍO CAYETANO. Á dar un paseo... y á tomar mi vaso de leche. Yo, ya se sabe: en cuanto llega la primavera, mi vaso de leche por las mañanas no hay quien me lo quite.

DON SEGISMUNDO. Muy sano, muy sano...

ROSALÍA. ¿Ha visto usted qué bonitos han quedado los trajes?

TÍO CAYETANO. Ya, ya he hablado yo de eso con Marucha.

MARUCHA. ¿Y sabes lo que dice? Mira si será malo: dice...

TÍO CAYETANO. Digo yo que los bonitos no son los trajes, sino las perchas. Se me ha ocurrido eso.

Se rien todos de la agudeza indudable y él engorda un milímetro momentáneamente.

ROSALÍA. ¡Las perchas! ¡Tiene gracia!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley; de buena ley.

TÍO CAYETANO. ¿Eh, Segismundo? Digo yo que los bonitos no son los trajes, sino las perchas. ¿Eh? ¡Las perchas! *Se ríe prolongando su éxito.*

MARUCHA. Pero, Rosalía, ¿tú qué haces que no felicitas al tío Cayetano?

ROSALÍA. ¿Cómo?

MARUCHA. Dale la enhorabuena: está de enhorabuena. ¿Sabes? Le han dado otra cruz.

DON SEGISMUNDO. Sí, mujer; pero ¿en qué estás pensando? ¿Si acabo de decírtelo yo!

ROSALÍA. ¡Es verdad! ¡Si papá vino á eso! Sólo que con esta risa de las perchas y de los trajes... ¡Pues que sea enhorabuena, tío Cayetano! ¡Muy enhorabuena!

TÍO CAYETANO. ¡Bah! Es de lo menos importante que tengo...

ROSALÍA. ¿Qué cruz es?

TÍO CAYETANO. La cruz del Mérito Urbano de primera clase. Como he adoquinado un trozo de mi calle de mi bolsillo particular... se ha empeñado el ministro... Pero no tiene más que usía. Eso sí: la cruz es muy vistosa. El día del Corpus me la pondré para que me la vean.

DON SEGISMUNDO. ¡Ay, ay, ay! ¿Qué cruz habrá que tú no merezcas, Cayetano?

MARUCHA. Dices bien, papá: se las merece todas, porque es buenísimo. Y los demás hombres son muy malos. Y él nos quiere mucho. Y al que no nos quiera á nosotros que no le den cruces. ¿Verdad, tío Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Qué mocosilla está!... Hombre, Segis, á Fifi es á la que encuentro yo paliducha. Fifi principia á arrugar la cara, próxima al sollozo. ¿Qué le sucede? ¿Ha dejado de tomar aquel tónico que yo le mandé?

ROSALÍA. No hablen ustedes de Fifi, que vamos á tener llantina. Miren ya qué cara está poniendo.

TÍO CAYETANO. ¿Cómo se entiende? ¡Delante del tío Cayetano no se llora!

DON SEGISMUNDO. No extrañes que ande así. Su edad es muy crítica... Va de crisálida á mariposa. Está en el tránsito de niña á mujer.

ROSALÍA. Pues ninguna de nosotras se ha puesto tan tonta en ese tránsito.

FIFI. Con el corazón encogido. Mejor... mejor...

TÍO CAYETANO. Nada, si sigue así, este verano hay que pasar un mes en el campo: ¡al aire libre! ¡No hay más remedio! ¡Lo dispongo yo! ¿Eh, Fifi? ¡Yo!

DON SEGISMUNDO. Cayetano...

ROSALÍA. Tío Cayetano...

TÍO CAYETANO. ¡Sierra! ¡mucho sierra! ¡Repi to que lo dispongo yo! Nada de mar, ¿eh? ¡Pinos! ¡muchos pinos! Ya están de acuerdo todos los médicos en que el mar va resultando algo húmedo. Yo lo he leído en una revista portuguesa. Y es muy aburrido, además, como no pasen barcos.

MARUCHA. Tío Cayetano, tiene usted que hacernos alguna perrada un día para que vea lo que le queremos.

TÍO CAYETANO. ¡Ja, ja, ja! ¿Tú has oído?

DON SEGISMUNDO. Tiene razón Marucha: no te cansas de ser generoso... y pudieras creer...

TÍO CAYETANO. ¡Bah, bah, bah! Doblemos la hoja. Me voy á mi coche.

MARUCHA. ¿Se va usted ya á su coche?

TÍO CAYETANO. Sí. Ya he digerido mi vaso de leche.

ROSALÍA. Pues lo acompañaremos al coche, ¿no?

MARUCHA. Sí, sí; vamos á acompañarlo.

TÍO CAYETANO. Como queráis.

DON SEGISMUNDO. Yo me quedo, ¿eh? no venga su madre con las otras...

TÍO CAYETANO. Sí, hombre, sí. Adiós.

DON SEGISMUNDO. Enternecido por la gratitud. ¡Adiós, Cayetano: no te digo nada!

TÍO CAYETANO. Adiós.

Se va por la derecha con las tres muchachas, inflado como un globo.

ROSALÍA. Oiga usted, tío Cayetano, ¿cuándo le veremos á usted esa cruz?

MARUCHA. Tío Cayetano, ¿sabe usted lo que dice Fifi?

FIFI. ¡Á ver si te callas!

ROSALÍA. Tío Cayetano...

MARUCHA. Tío Cayetano...

Desaparecen. Caín contempla la escena, y de cuando en cuando saluda con la mano sonriendo.

DON SEGISMUNDO. ¡Bien haya ese hombre, para quien toda nuestra gratitud es escasa! ¡Mis hijas son suyas!... Vamos, como á suyas las quiere.

Por la derecha del foro vuelve ALFREDO cogido del brazo de MARÍN, que se resiste un poco.

Este Marín es un muchacho de aspecto sencillo, huraño y tristón; nada cortésano.

ALFREDO. Ya verá usted: son unas chicas muy simpáticas.

MARÍN. Si no lo dudo, amigo Ruiz; pero no tengo humor de tratar con nadie.

ALFREDO. ¡Por lo mismo! Usted necesita dis-

traerse; cambiar en absoluto de vida; salir de su monólogo. Venga usted.

MARÍN. Pero, hombre...

ALFREDO. Venga usted. ¡Don Segismundo!

DON SEGISMUNDO. ¡Hola! Al ver á Alfredo con un amigo de buen porte, la alegría del triunfo le brilla en los ojos. ¡Alfredito! ¿Tú por aquí de nuevo, Alfredito?

ALFREDO. Voy á tener el gusto de presentarle á usted á mi amigo Leopoldo Marín.

DON SEGISMUNDO. Ah, con mil amores... Muy favorecido...

MARÍN. Muchas gracias, señor...

ALFREDO. Don Segismundo Caín y de la Muela; mi futuro padre político.

DON SEGISMUNDO. Para servir á usted.

MARÍN. Muchas gracias.

ALFREDO. Aquí lo tiene usted: un muchacho simpático, inteligente, bien parecido, con dinero... y que se va á morir este año.

DON SEGISMUNDO. ¡Hombre! ¡hombre! Todo está muy bien menos lo último.

MARÍN. Alfredo se chanea: estos males de carácter nervioso tienen, encima de ser insoportables, esa gracia: la de que nadie los toma en serio.

DON SEGISMUNDO. Pero ¿está usted malo de verdad? Porque el aspecto... ¡jo que es el aspecto!...

MARÍN. Según la gente estoy rebotando salud. Ya oye usted á Alfredo. Pero hace unos meses que los nervios no me dejan vivir ni hacer nada á derechas. Soy su juguete, á mi pesar.

DON SEGISMUNDO. ¿Vive usted en Madrid?

MARÍN. No, señor: estoy aquí de temporada. Vivo con mis padres en una aldea de Asturias.

ALFREDO. Una desgracia más. El padre, viéndolo así, para pocos días, le llenó la cartera de billetes y le dijo: «Anda, véte á Madrid: diviértete lo que te quedá de vida.» Nos hemos conocido en el café.

MARÍN. Ya no voy.

DON SEGISMUNDO. ¿Por qué?

MARÍN. Porque al fin y al cabo habla uno de sus males y molesta. ¿Qué le importa á nadie lo que cada cual sufra por dentro? Y para no incurrir en esa falta, si usted no tiene nada que mandarme...

DON SEGISMUNDO. Estrechándole la mano. Que me mande usted es lo único que se me ocurre. Mirando hacia la izquierda y haciendo tiempo para que llegue su señora. Le daré á usted una tarjeta mía...

MARÍN. Yo siento no traer, pero es lo mismo: en el Hotel María me tiene usted á su disposición.

DON SEGISMUNDO. Tantas gracias. Entregándole su tarjeta. Ahí va mi nombre y las señas de la choza en que me puede usted mandar á toda hora.

MARÍN. Obligadísimo.

DON SEGISMUNDO. Estrechándole nuevamente la mano. Y nada más, sino que deseo que usted destierre pronto esas aprensiones... Pero aguarde un segundo: lo presentaré á mi esposa, que aquí llega, y que tendrá un gran placer en saludarlo.

MARÍN. Y yo á la vez.

Salé DOÑA ELVIRA por la izquierda. La siguen ESTRELLA y PEPÍN
AMALIA y TOMÁS.

DON SEGISMUNDO. Elvira, te presento al señor...

ALFREDO. Marín: Leopoldo Marín.

DON SEGISMUNDO. Al señor don Leopoldo Marín, amigo íntimo de Alfredo.

DOÑA ELVIRA. ¡Oh!

MARÍN. Señora...

DOÑA ELVIRA. Basta que sea usted amigo suyo para que desde ahora lo sea nuestro.

DON SEGISMUNDO. Y va usted también á conocer á estas parejitas. Mi hija Estrella...

ESTRELLA. Servidora de usted.

MARÍN. ¿Cómo está usted? *Les va dando la mano á todos.*

ESTRELLA. Bien, ¿y usted?

MARÍN. Bien, mil gracias.

DON SEGISMUNDO. Mi hija Amalia...

MARÍN. Tengo mucho gusto...

AMALIA. El gusto es mío.

DON SEGISMUNDO. Don José Castrolejo...

MARÍN. Beso á usted la mano.

PEPÍN. Beso á usted la suya.

DON SEGISMUNDO. Don Tomás Menéndez...

MARÍN. Muy señor mío.

TOMÁS. ¿Sigue usted bien?

MARÍN. Bien, para servirle... Muchas gracias.

Hay una pausa, durante la cual todos se miran y á nadie se le ocurre nada.

DON SEGISMUNDO. Pues este señor es asturiano... y está de temporada en Madrid. Mira hacia la derecha á ver si vienen las otras niñas.

ALFREDO. Ya lo llevaré á casa alguna noche.

DOÑA ELVIRA. Nos veremos muy honrados con ello.

MARÍN. La honra será mía. Y con permiso de ustedes... Dándoles sucesivamente otra vez la mano á todos. Señora, á los pies de usted.

DOÑA ELVIRA. Adiós, Marín: beso á usted la mano.

MARÍN. Señorita, á los pies de usted.

ESTRELLA. Beso á usted la mano.

MARÍN. Á los pies de usted, señorita.

AMALIA. Beso á usted la mano.

MARÍN. Leopoldo Marín, en el Hotel María...

PEPÍN. José Castrolejo, Velázquez, treinta y tres...

MARÍN. Lo mismo le digo: en el Hotel María...

TOMÁS. Gracias. Tomás Menéndez, Jacometrezo, veintiuno...

MARÍN. Señor Caín, he tenido un placer muy grande... Amigo Alfredo, lo dejo á usted aquí con su familia...

DON SEGISMUNDO. ¡Caramba, pues ya va usted á conocer al resto!

MARÍN. ¿Á qué resto?

DON SEGISMUNDO. ¡Al de la familia!

ALFREDO. ¡Es verdad!

Sale por la derecha FIFÍ.

DON SEGISMUNDO. Fifí. El señor Marín. Ésta es la menor de la casa.

MARÍN. Señorita...

FIFÍ. ¿Está usted bueno?

MARÍN. Bien, ¿y usted?

FIFÍ. Bien, gracias. ¿Su familia está buena?

MARÍN. Buena, gracias. Á la de usted ya la veo tan buena...

Sale MARUCHA. Marín se sorprende ligeramente.

DON SEGISMUNDO. Maruchita. El señor Marín; un amigo de Alfredo.

MARUCHA. Ay, tanto gusto en conocerlo á usted...

MARÍN. El gusto es mío, señorita.

MARUCHA. ¿Cómo está usted?

MARÍN. Bien, gracias, ¿y usted?

MARUCHA. Yo bien, muchas gracias. Mamá, ¿á quién se le parece en los ojos?

DOÑA ELVIRA. En los ojos... Eso estaba considerando yo... ¿Es á tu primo Poli?

MARUCHA. ¿Qué se ha de parecer á Poli? ¿Qué más quisiera Poli?...

MARÍN. Usted me favorece, señorita.

MARUCHA. Es que usted no conoce á Poli.

MARÍN. No... no conozco á Poli... Y no molesto más.

DON SEGISMUNDO. Queda otra.

MARÍN. ¿Qué?

Sale ROSALÍA.

DON SEGISMUNDO. Que quedaba otra.

MARÍN. ¡Ah!

ALFREDO. Y esta presentación la hago yo. Rosalía.

ROSALÍA. ¡Hola!

ALFREDO. Mi amigo Leopoldo Marín. Mi futura.

MARÍN. Tanto honor...

ROSALÍA. Tanto gusto...

MARÍN. Para gusto el de su novio de usted.

ROSALÍA. ¡Un millón de gracias!

MARUCHA. ¡Mira qué amable! Mamá, ¿has visto qué amable?

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho!

MARÍN. Es cosa que salta á la vista. Y me marcho ya. Despidiéndose muy aprisa. Señorita, la felicito á usted... Es decir, felicito... Felicito á los dos.

ROSALÍA. Muchas gracias.

MARÍN. Á los pies de usted, señorita.

MARUCHA. Beso á usted la mano.

MARÍN. Á los pies de usted.

FIFI. Beso á usted la mano.

DOÑA ELVIRA. Tendiéndole la diestra. Adiós, Leopoldo.

MARÍN. Adiós, señora. Un poco atolondrado ya, vuelve á darles la mano á los demás personajes. Adiós, señorita.

ESTRELLA. Adiós.

MARÍN. Adiós, señorita.

AMALIA. Adiós.

MARÍN. Adiós, amigo.

PEPÍN. Adiós.

MARÍN. Adiós, amigo.

TOMÁS. Adiós.

MARÍN. Adiós, Alfredo.

ALFREDO. Hasta la vista.

MARÍN. Don Segismundo...

DON SEGISMUNDO. Repito.

MARÍN. Adiós á todos.

TODOS. Adiós, adiós...

Se quita Marín el sombrero y saluda. Al encaminarse hacia la izquierda del foro lo detiene Cain con un grito.

DON SEGISMUNDO. Pero ¿qué es eso? ¿Se marcha usted por ahí?

MARÍN. Sí, señor. ¿Hay inconveniente?

DON SEGISMUNDO. ¡Haberlo dicho, hombre! ¡Si por ahí nos marchamos todos! ¡Si ese es nuestro camino!

DOÑA ELVIRA. ¡Es verdad! ¡Y la hora de marcharnos, ésta!

DON SEGISMUNDO. ¡Nos iremos juntos!

MARÍN. Con la respiración entrecortada. Yo lo celebro muy de veras... pero si lo llego á saber... no me despido tantas veces...

Grandes risas acogen la salida del nuevo amigo.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! ¡De muy buena ley; de muy buena ley!

DOÑA ELVIRA. ¿Vamos, Mundo?

DON SEGISMUNDO. Vamos, sí, vamos.

ALFREDO. Vamos, vamos.

ROSALÍA. Vamos.

Se dirigen todos hacia el foro, rodeando al pobre Marín, que no sabe á quién atender. Inmediatamente en torno suyo van don Segismundo, doña Elvira, Marucha y Fifi. Detrás, por parejas, Alfredo y Rosalía, Estrella y Pepín, Amalia y Tomás. Hablan todos á un tiempo: gran algazara.

El GUARDA asoma por el primer término, creyendo que se han echado á la calle los republicanos.

GUARDA. ¡Rediez, qué bullicio! ¡Paece que les ha tocao la lotería!

FIN DEL ACTO PRIMERO